





El abuelo era un hombre paciente y bondadoso, muy distinto a su mujer, que era descarada, gruñona, envidiosa y, sobre todo, muy ambiciosa. Todo el día andaba por la casa refunfuñando.



Cuando la veía furiosa, el abuelo agarraba la red y, pasito a pasito, se iba a pescar. Un día en que el mar estaba muy agitado, el anciano lanzó la red al agua y sólo pescó una piedra.



Con paciencia, sumergió otra vez la red en el agua y, cuando ya lo daba todo por perdido, encontró un pez pequeño, muy pequeño, brillante como una estrella dorada. ¡Era un pez de oro!

